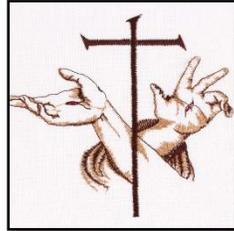


Ustedes serán mis testigos...

Homilía para el inicio del Año jubilar por V Centenario de la llegada de Fray Martín de Jesús al antiguo Reino de Michoacán

21 de octubre de 2024



Pon atención hermano; al entrar a este lugar pisa con cuidado. Bajo tus pies descansan los restos de una generación de varones santos que un día renunciaron a su patria, a su familia y a los deleites de este mundo, para venir descalzos a la eterna capital purépecha, lugar de colibríes y reyes del pasado. A la antigua Huitzitzilan. A la legendaria Tzintzuntzan, hija primogénita del vaso sagrado de agua, que todos los días te bendice y acaricia.

Aquí yacen aquellos hombres *ansí vestidos pobrementemente y que no querían oro ni plata... como no tenían mujeres, decían que eran sacerdotes del dios que había venido a la tierra y llamábanlos cúritiecha, que eran sus sacerdotes que traían unas guirnalas de hilo en las cabezas, unas entradas hechas. Espantábanse como no se vestían como los otros españoles y decían : “Dichosos estos que no quieren nada”*. (Relación de Michoacán)

Despachados por la Providencia divina, con la única consigna de entregarse en cuerpo y alma, para atraer al verdadero Dios a los hijos de esta tierra, fueron enviados primero por Jesús y luego por sus superiores. El deseo los había traído de la antigua Extremadura hispánica a tierras americanas. A penas llegados a la capital azteca, Dios les inspiró ir al occidente, al país de lagos y montañas; a la tierra de los pescadores como pescadores de almas, cumpliéndose una vez más la profecía bíblica: “*el pueblo que estaba en tinieblas vio una gran luz...* (Is 9,2)

Entonces, se escuchó la voz que baja del cielo: *Levanta los ojos y mira alrededor. Fíjate como vienen los profetas de misericordia a defender tus hijos recién convertidos, a los que piden el bautismo y el pan de los ángeles. Ahora, guarda silencio y escucha: “Yo soy Fray Martín de la Coruña. Yo fui el primero que planté la Palabra divina en tu tierra. Confieso que no fue nada fácil atraer a tus hijos hacia Dios, pero con paciencia caridad nos hicimos buenos amigos. Dicen que soy el*

padre de la Iglesia en Michoacán. Y yo te digo ahora que, yo no soy sino un siervo de Jesús, que solo hice lo que tenía que hacer”. (cfr Lc 17,10)

“Yo soy Fray Gerónimo de Alcalá, el primero de los misioneros que aprendió su lengua. Por obediencia y conciencia transcribí al castellano sus memorias, para que su historia no desapareciera. Me siento orgulloso de la confianza que sus sabios y ancianos tuvieron en mí.

“Yo soy Fray Maturino Gilberti. Aunque me decían el francés, yo me sentía más identificado con los naturales de esta tierra. Aprendí tu lengua como ningún otro misionero y enseñé a otros a aprenderla y escribirla. Lo hice por el cariño y admiración que siempre sentí por tu cultura”.

“Yo soy Fray Pedro de Pila, aquí también yacen mis despojos mortales. Yo construí para ti esta Iglesia y un convento para mis hermanos, espacio de convivencia humana y sagrada. Lugar para escribir tu historia y taller para esculpir imágenes con pasta de caña, como la de nuestra Señora de la Salud”.

“Yo también me llamo Pedro, pero me apellido es Reyna. También viví en este convento. Si supieras, los milagros que aquí sucedieron... Yo doy testimonio de la devoción que tus padres tuvieron a la Sagrada Eucaristía. Fr. Miguel de Estivales fue también declarante. Ambos lo vimos. Las crónicas dicen algo acerca de ello, pero no lo narran con el respectivo detalle”.

“Yo soy el otro Pedro, el de Garrovillas. Aquí viví y aquí morí. Fui el primero de los misioneros que sembré el evangelio en las costas de Michoacán y de Guerrero. Me hice acompañar de algunos de tus hermanos. Sin ellos y su vehemencia, nunca hubiera llegado tan lejos”.

“Yo soy Fray Jacobo, el príncipe danés. Al subir al claustro, a la mitad de la escalera, puedes ver mi imagen. Para tus hijos fui ‘un obispo de deseo’. Yo soñaba con una iglesia indígena y encontré poco apoyo. Solo los naturales de esta tierra fueron mi consuelo y esperanza. El tiempo confirmó mi osadía, porque fue en Michoacán donde los primeros indígenas se vistieron de franciscanos”.

“Yo soy Fray Diego de Muñoz, el primer provincial mexicano de Michoacán. Para el mundo nací en Cholula y en Tzintzuntzan para Dios. Aquí me vestí de franciscano y en una de tus celdas escribí la Historia franciscana de Michoacán en 1585 y para preservar la memoria, puse por escrito algunos de los personajes y acontecimientos más importantes que aquí sucedieron”.

Yo soy tu historia, yo soy tu fe. Yo soy tu taller, yo soy tu catecismo. Yo soy tu protector, yo soy tu hospital. Yo soy tu lengua, yo soy tu alma. Bajo tus pies yo soy tu naturaleza, ya redimida para Dios.

Como puedes ver, fueron muchas las páginas de la historia que se escribieron dentro de estos muros. El Señor permitió que su amor emanara de esta fuente religiosa y cultural. Misioneros, catecismos, vocabularios, devocionarios e imágenes traspasaron las fronteras del antiguo reino de Michoacán y se convirtieron en leyendas piadosas que dieron origen a otros santuarios, porque en este lugar, *el Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad. Sal 97)*

Pero no olvides también, que en más de una ocasión aquí estuvo el ilustre Vasco de Quiroga. Primero como pacificador y luego como pastor. Testigo del evangelio, dialogó con los frailes y les confió el cuidado de esta Doctrina, mientras se retiraba a Pátzcuaro para construir su catedral y nosotros, dejamos pasar el tiempo.

Luego vinieron tiempos difíciles. Fue un periodo de prueba ya que *todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto (Jn 15,2)*. La antigua ciudad de los reyes dejó de ser la ciudad principal. Se fueron los príncipes y las autoridades, solo quedaron el pueblo y los frailes. En seguida llegó la epidemia y la muerte. La afrontamos con la caridad cristiana y construimos un hospital para nuestros enfermos e indigentes. Pueblo y frailes fueron la columna que sostuvo nuestra historia porque nunca desaparecimos.

Después de casi tres siglos, a lo lejos se veía una tempestad. Dicen que había pasado el tiempo de los frailes y ahora se avecinaba una nueva época. Dios tiene sus caminos y solo puede andarlos quien posee la capacidad y la humildad de discernirlos. Una orden real conminaba a los frailes a dejar sus conventos de doctrina en manos de los sacerdotes seculares.

El dolor no fue cambiar de lugar, pues nuestra espiritualidad y Regla nos demandan a no apropiarnos ni personas ni cosas ni lugares. Tampoco nos causó dolor el recuerdo del tiempo que dedicamos al apostolado y a la convivencia fraterna con los purépechas, pues siempre estuvimos conscientes de haber realizado un buen trabajo; detrás quedaba una población bien evangelizada y catequizada. Gracias a nuestros ancestros su cultura estaba enaltecida y su historia resguardada. La caridad quedó establecida y las artes y oficios permanecieron como una rica herencia a posteridad.

El único dolor fue dejar en este lugar la sepultura de los que nos precedieron: dice al respecto un historiador *“ Los franciscanos no opusieron una enconada resistencia a la secularización, a veces expresaron con toda claridad la angustia causada por la obligación de abandonar sus claustros ya consagrados por el tiempo. Al morir el ocupante de Tzintzuntzan en 1762, el provincial deploró que ‘ sus más venerables Padres’ hubiesen sido enterrados en aquella iglesia que también conservaba otros varios monumentos de piedad y ternura’* (D. Brading)

Fue una aflicción que nos acompañó en los siglos posteriores a la entrega de este convento. Pero por gracia divina, no desaparecimos, aunque apunto estuvimos. Ahora regresamos a este lugar, para agradecer a Dios por quinientos años de vida y por la gracia que nos da, de volver a venerar los restos mortales de quienes sembraron el evangelio en el antiguo Michoacán y en las tierras aledañas a esta bella región.

Cuando partió el último franciscano de Tzintzuntzan cargo consigo solo más importante. A sus espaldas llevaba gestas históricas de encuentros y desencuentros. En su corazón portaba la añeja historia de los inicios de la evangelización, la construcción del convento y del hospital. Los talleres y las primeras publicaciones en la lengua de los naturales, que cubrieron de gloria la labor apostólica de los fundadores. Atrás quedaban los muros de piedra, pero no los recuerdos, aquellos que se han escrito para la historia de nuestra Provincia.

El período que estuvimos aquí lo aprovechamos para aprender a hacer frente a un mundo adverso a las órdenes religiosas. Los siglos posteriores fueron un tiempo de prueba y adaptación. Más de una ocasión se recurrió no solo a la historia de nuestra Provincia, sino también a la intercesión de quienes nos precedieron y fue por ellos que no desaparecimos. Hoy, sin merecerlo, nos hemos convertido en una de las instituciones más antiguas de nuestro país.

Agradecimiento

Mirando, Señor, las obras que has hecho en favor nuestro, a nombre de mi Provincia, agradezco, en primer lugar, la fe que emanó desde este lugar. Agradezco, también, las imágenes de Jesús y de María, que a manos llenas se multiplicaron por la rivera de este lago, en las sierras, en los valles y más allá de donde nuestros ojos pueden mirar.

Gracias Señor por la Sangre que manó de tu costado y fue esparcida gracias al sacrificio de nuestros padres, misioneros de tu Palabra divina. Gracias, por la generosidad de Fr. Martín de Jesús, por la recopilación histórica y cultural que hizo de Fr. Gerónimo de Alcalá, por las fundaciones de Fr. Juan de San Miguel, por el valor y osadía de Fr. Jacobo Daciano, por la promoción cultural de Fr. Maturino Gilberti. Gracias, por cada paso y gota de sudor que tantos hermanos nuestros vertieron a favor de tu Palabra.

También te pedimos perdón por los errores que cometimos. Si no defendimos a este pueblo como ellos le esperaban. Si los obligamos a amar antes de tiempo tu evangelio. Si no estuvimos allí cuando más necesitaban de nuestro apoyo o nos fuimos sin habernos despedido. Por todo ello te pedimos perdón, Señor.

Es verdad que ellos nunca nos han reprochado nada, al contrario, no han dejado de amarnos, pues al vernos de nuevo en este lugar, viene a su mente y corazón el recuerdo gracioso de la historia que juntos hicimos en los albores de la nueva época. Ellos no nos han olvidado, tampoco nosotros los hemos olvidado y mientras Tú nos des vida, ellos seguirán siendo una parte muy importante de nuestra historia, como nosotros, desde hace siglos, ya somos parte de la suya. Que el tiempo y el recuerdo nunca borren que el día de hoy estamos celebrando. Así sea.